



LA ESCUELA NEUTRA

José Antonio Riestra

INTRODUCCIÓN

Se ha escrito mucho sobre la enseñanza laicista, sobre la neutralidad escolar. El argumento ha sido abordado desde diversos puntos de vista: jurídico, político, educativo, etc.

En este artículo no pretendemos desarrollar lo que quienes cultivan esas disciplinas han opinado al respecto, sino sencillamente exponer la doctrina de la Iglesia. Esta es la razón de que abunden los textos del Magisterio: se trata de saber qué es lo que ha dicho y enseña.

La Iglesia no tiene por función inmiscuirse en asuntos políticos. Madre y maestra, su actividad magisterial se encamina a formar las conciencias de sus hijos los fieles. Sólo la profesión de una misma fe aglutina a los católicos, que en materias temporales son tan libres como los demás hombres. Su libertad no tiene otro límite que su fe, porque donde se pierde la fe termina también la libertad.

De esta realidad se han dado cuenta, por ejemplo, los socialistas belgas de este siglo. Después de casi cien años de luchas en torno a la neutralidad escolar, observaron que los católicos estaban unidos sólo en este punto, ya que no estaban dispuestos a que pudiera peligrar la fe de sus hijos. En otros asuntos, de política interna o de orden internacional, no pensaban, como es lógico, del mismo modo. El realismo de su observación condujo finalmente, por razones pragmáticas, al Pacto escolar de 1958¹, por el que se reconocía de una manera clara el derecho que asiste a los padres a determinar la edu-

1. Cfr. AA. VV., *La escuela libre y autónoma en Europa*, Ed. Institución familiar de Educación, Barcelona 1977, págs. 75-112.

cación que sus hijos han de recibir, y se hacía también posible su ejercicio desde el punto de vista económico.

No puede olvidarse que el espíritu laicista es parte esencial de muchas ideologías hoy en boga. No fue algo propio sólo de un liberalismo ya superado. Su herencia, en este aspecto, la ha recogido el marxismo, y socialistas fueron quienes protagonizaron la persecución religiosa que los católicos sufrieron durante las últimas etapas de la Tercera República Francesa. El ateísmo es constitutivo del marxismo. El día que deje de ser ateo dejará de ser marxista.

La neutralidad escolar que los marxistas propugnan termina cuando llegan al poder: la enseñanza deja entonces de ser «neutra» y comienza a ser marxista. De esto saben mucho quienes viven en los países del Este, y quienes residen en regiones con órganos de gobierno comunistas —como la de Emilia Romagna, en Italia—, o socialistas, como la de Hessen, en Alemania Occidental.

Como es obvio, en los países libres los métodos marxistas no pueden imponerse bruscamente. La táctica que emplean es, pues, más lábil: resulta más sencillo marxistizar una sociedad si antes se corroen sus fundamentos cristianos; por eso, tantas editoriales marxistas publican hoy en día las obras de los pensadores del liberalismo puro: es un favor que les hacen y que ya Marx supo en vida agradecer públicamente.

LA REAPARICIÓN DE UN VIEJO TÓPICO

La enseñanza neutra es aquella en la que se prescinde de todo enfoque religioso; es una enseñanza arreligiosa, que evita definirse en esta materia: es neutral.

El problema de la enseñanza laicista, de la neutralidad escolar, es antiguo. Los principios doctrinales del laicismo se remontan a la época del Renacimiento, cuando comienza a propagarse el principio de la razón independiente, dando así origen a un proceso de secularización de la cultura e incluso de los mismos fundamentos éticos del Estado. Del racionalismo de la Ilustración derivará ya una actitud no confesional, al prevalecer el concepto del hombre como autosuficiente y capaz de realizar, con las solas fuerzas de la razón, la plenitud de su existencia.

Esta actitud toma carta de naturaleza con las revoluciones liberales del siglo pasado. El Estado liberal comienza a llevar a la práctica la supresión de la confesionalidad, en el intento de quitar todo influjo de la Iglesia en la vida de los pueblos, y de uniformar la

enseñanza entera. En ese afán por emancipar la cultura humana de toda concepción religiosa, comienza a defenderse la independencia de la ciencia y de la cultura de todo vínculo externo, y se propugna una postura de estricto neutralismo frente a las diversas confesiones religiosas, en particular ante la católica. Una consecuencia de esta actitud fue la enseñanza laicista.

Este modo de actuación plantea el problema del porqué de semejante actitud. El argumento se apoya en exigencias de defender la libertad, en cuyo nombre se pide el respeto de las opiniones ajenas. Sin embargo, cuando hablan de la religión no la ven siquiera como una opinión o una ideología más, sino que le niegan la misma posibilidad de ser proclamada que tolerantemente otorgan incluso a opiniones descabelladas. Detrás de esas actitudes «liberales» se esconde la realidad de que consideran a la religión como un obstáculo para el desarrollo de sus opiniones, que no parecen poder coexistir con la verdad.

No se puede olvidar que Dios y la verdad divina son el fundamento de la libertad: *veritas liberabit vos*²; el cristiano es rebelde a dejarse manejar: obra en conciencia y ante Dios. A quien le estorban los cristianos, le molestan los hombres libres. Esas doctrinas, por tanto, no sólo son un ataque al cristianismo, sino que suponen un claro peligro de erradicar la libertad de la vida social.

La llegada al poder de quienes mantenían estas ideas dio origen a lo que se conoce con el nombre de guerra escolar. Fue el caso de Bélgica en el siglo pasado, y de la Tercera República Francesa. Lo que se presentaba como neutral, terminó siendo una enseñanza de corte anticatólico y antirreligioso.

Parece, sin embargo, que mientras ese problema ya ha sido resuelto en muchos países de modo más o menos justo, con el reconocimiento de la libertad de enseñanza que asiste a los padres de modo inequívoco, en otros reverdecen viejas polémicas ya superadas.

Así, por ejemplo, en marzo de 1976 se publicaba en España un documento que un grupo del Colegio de Doctores y Licenciados de Filosofía y Letras de Madrid había conseguido sacar adelante en la Junta General del 31 de enero de ese año, mediante maniobras poco democráticas³: *Una alternativa para la enseñanza*. Este documento, elaborado por una Junta de Gobierno cuyos com-

2. Ioan. VIII, 32.

3. Sobre la génesis de este documento, cfr. RAFAEL GÓMEZ PÉREZ, *Las ideologías políticas ante la libertad de enseñanza*, ed. Dossat, Madrid 1977, págs. 49 ss.

ponentes pertenecían todos al Partido Socialista, afirma que «los contenidos impartidos en la enseñanza en todos los niveles deberán atenerse estrictamente a pautas racionales y científicas, prescindiendo de los criterios extracientíficos y sectarios que todavía hoy perduran». En el Congreso que en mayo de 1976 celebró en Cádiz la Federación de Trabajadores de la Enseñanza (FETE) —adscrita a la Unión General de Trabajadores, sindicato vinculado con el Partido Socialista— se aclaró aún más el pensamiento de los socialistas españoles: «La enseñanza ha de ser laica: deberán desaparecer todas las materias confesionales de los planes de estudio».

Esta actitud del socialismo español no es nueva. En la época en que se debatía la Constitución de la Segunda República española, que en su artículo 48 sancionó la enseñanza laicista, el entonces Director General de Enseñanza Primaria y miembro del Partido Socialista, Rodolfo Llopis, declaraba el 29 de octubre de 1931: «La enseñanza laica en España supone, sobre todo, por no decir únicamente, respeto de la conciencia del niño... La forma de respetar la conciencia del niño es que queden a la puerta de la escuela toda clase de dogmatismos..., la escuela tiene que ser liberadora, libertadora, y queremos tener la ilusión de que la conciencia libre, cuando libremente tenga que decidirse, ante la desigualdad social, ante la injusticia social, sabrá elegir su camino. Nosotros tenemos la ilusión de que va a elegir nuestro propio camino... Haciendo conciencias libres, hacemos socialistas»⁴.

En la época de la III República francesa, cuando el laicismo fue impuesto a través de la legislación, René Viviani, que llegó a ostentar el cargo de Presidente del Gobierno, declaraba que «la neutralidad escolar no ha sido nunca más que una mentira diplomática... La invocábamos para adormecer los escrúpulos de los timoratos... No hemos tenido nunca otro objetivo diverso de hacer una universidad antirreligiosa, y antirreligiosa de una manera activa, militante, belicosa»⁵. Y así, en 1925, un inspector de academia señalaba claramente que «el fin de la escuela laica no es el de enseñar a leer, a escribir, a contar: es el de formar librepensadores. Si cuando a los trece años, al dejar los bancos de la escuela, el estudiante laico continúa siendo creyente, no ha aprovechado la enseñanza»⁶.

4. Citado por MARIANO PÉREZ GALÁN, *La enseñanza en la Segunda República Española*, ed. Cuadernos para el diálogo, Madrid 1975, pág. 86.

5. Citado por MICHEL CREUZET, *Enseignement-Education*, ed. Montalza, París 1973, pág. 14.

6. *Ibid.*

Esta finalidad, abiertamente indicada entonces por los promotores de la enseñanza laicista, se encubre hoy bajo todo tipo de razonamientos aparentemente científicos, arropados por una pedagogía que califican de moderna y progresista. Como es sabido, para las ideologías de corte marxista —el socialismo, el comunismo, etc.—, la religión es algo que hay que erradicar de la sociedad: es el opio del pueblo, según Marx. Por eso no tiene nada de extraño que estas ideologías se hayan uncido al carro del antiguo liberalismo deísta y agnóstico, tratando de llevar a la práctica esa común aspiración. La escuela, donde se forma la juventud, y por tanto la sociedad de mañana, se ha convertido así en el terreno adecuado para intentar implantar sus ideas de un modo subrepticio.

Entre los razonamientos que más se repiten, se encuentra el de quienes afirman que una enseñanza neutra suprime en la sociedad todo factor de división, y fomenta en cambio aquellos que la aglutinan en torno a ideales comunes. Prescindiendo de una enseñanza con acentos religiosos, la escuela neutra —dicen— favorecería la convivencia social, ya que educaría a los ciudadanos en el mutuo respeto, con independencia de la fe que pudieran profesar.

No deja de llamar la atención el empeño con que algunos afirman que la religión es algo que divide, que separa, mientras no tienen reparo en defender que otros aspectos de la vida humana, mucho más nimios y opinables, refuerzan tremendamente la unidad.

Las cosas que dividen son diferentes de aquellas que distinguen. Si todo lo que distingue dividiera, y por tanto hubiera que prescindir de ello, la convivencia social quedaría vacía de contenido. Algunas personas pueden tener creencias religiosas diversas, pero eso no implica que tengan que estar divididas. Si hubiera que arrinconar todo aquello por lo que los ciudadanos pueden diferenciarse entre sí, entonces habría que suprimir los partidos políticos, las distintas lenguas que puedan hablarse en un país, las universidades, etc....

Otros argumentan que la enseñanza neutra fomenta la libertad ya que no impone ningún tipo de formación religiosa, respetando así la conciencia del niño, que con el paso de los años podrá escoger la religión que prefiera, después de haber podido contemplar todo tipo de creencias sin ningún tipo de prejuicios.

La experiencia enseña, sin embargo, que una prematura y aséptica confrontación con creencias diversas, sin proporcionar ninguna valoración, desorienta la mayoría de las veces al joven y tiene efec-

tos muy graves en él: es el camino que conduce al agnosticismo y al indiferentismo⁷.

Toda formación que se imparte al niño, implica el ejercicio de la autoridad, y sin embargo nadie opina que por ello se violenta su conciencia. Que un niño tenga que estudiar gramática, implica ya encauzar al niño, que preferiría sus juguetes a las reglas sintácticas. Nadie dice que se coarte su libertad; al contrario, todo el mundo estima que se le hace un bien, y por eso los padres mandan sus niños a la escuela. Y porque es un bien, los padres quieren también que se les imparta formación religiosa.

No faltan tampoco quienes, tras sostener que la enseñanza neutra debe fomentar el espíritu crítico y difundir una ética sin trascendencia, insisten en que el Estado debe ignorar la religión: sólo le interesa que sus súbditos sean buenos ciudadanos; que reconozcan la existencia de Dios o profesen el ateísmo es un asunto privado que no concierne al Estado.

Esta actitud conduce al relativismo. En efecto, si hubiera que prescindir de cualquier fundamento absoluto de la moral ya que podría no ser compartido por otros ciudadanos, no existiría base sólida sobre la que establecer unas normas cívicas de comportamiento. Una convivencia estructurada sobre semejantes pilares no puede ser duradera. El único recurso que el Estado tendrá para imponer a sus súbditos un determinado comportamiento colectivo será la fuerza coactiva de la ley. La legislación misma, por otra parte, queda expuesta al relativismo más absoluto, ya que su único fundamento queda reducido al juego numérico de las mayorías parlamentarias. Así se ha «legalizado» en diversos países el divorcio, el aborto...

EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA SOBRE LA ENSEÑANZA LAICISTA

Cuando a lo largo del siglo pasado y del actual, los gobiernos de algunos países han intentado —abusando de su poder— implantar una enseñanza laicista y prescindir de la formación religiosa que tantos padres querían para sus hijos, la Iglesia ha señalado

7. León XIII había señalado a este respecto que «es preciso huir a toda costa de esas escuelas funestísimas en las que todas las creencias se recogen indiferentemente y son tratadas de igual modo... Conocéis perfectamente..., que la Iglesia condena cualquier escuela de esta especie, ya que nada hay más pernicioso y más apropiado para arruinar la integridad de la fe y desviar las inteligencias de los jóvenes del camino de la verdad». Encíclica *Affari vos*, 8-XII-1897, ASS 30, 358.

repetidas veces que tal educación es contraria a la fe y al fin mismo de la educación.

Así lo expresaba, reasumiendo todo el Magisterio anterior, Pío XI, en su Encíclica *Divini Illius Magistri*: «las escuelas llamadas *neutras* o *laicas*, de las que la religión está excluida, desprecian y destruyen el fundamento de la educación cristiana. Tal escuela además, no es prácticamente posible, porque de hecho se vuelve irreligiosa»⁸.

Los Romanos Pontífices indicaron en diversas ocasiones el origen de las violentas campañas que en el siglo pasado tenían como finalidad instaurar la enseñanza laicista, para implantar así una nueva concepción de la vida despojada de toda inspiración religiosa. Pío IX denunció los errores del comunismo y del socialismo que mantenían que «la sociedad doméstica, o sea la familia, debe toda su razón de ser al derecho puramente civil y que, por lo tanto, sólo de la ley civil se derivan y dependen todos los derechos de los padres sobre los hijos y hasta el derecho de la instrucción y de la educación»⁹.

León XIII señalaba igualmente que «con unánime y tenaz propósito tiende también la secta de los masones a apoderarse de la educación de la juventud. Saben ellos muy bien que esta edad se deja formar y plegar a su capricho, y que éste es el camino más expedito para formar, en una nación, ciudadanos según sus planes... En algunos sitios han llegado a tanto que la educación de la juventud está toda en sus manos, y de la educación moral se ha desterrado toda noción de los grandes y santísimos deberes que unen al hombre con Dios»¹⁰.

Pío XII explicó también los móviles que llevan a algunos gobiernos a perseguir en materia de educación una política laicista y de estatalización de la enseñanza: «reconociendo a la escuela el poderoso valor formativo de las conciencias, algunos Estados, regímenes y movimientos políticos encontraron en ella uno de los medios más eficaces para ganar para su causa multitud de prosélitos, de los cuales precisaban para hacer triunfar una determinada concepción de la vida. Con una táctica tan astuta como insincera, y pretendiendo objetivos en oposición con los mismos fines naturales de la educación, algunos de aquellos movimientos del pasado y del presente siglo han pretendido sustraer la escuela de la pro-

8. Pío XI, Encíclica *Divini Illius Magistri*, AAS 21 (1929), 751-752.

9. Pío IX, Encíclica *Quanta Cura*, ASS 3, 164.

10. LEÓN XIII, Encíclica *Humanum Genus*, ASS 16, 425.

tección de las instituciones que tienen por encima del Estado un primordial derecho —la familia y la Iglesia—, y han intentado o intentan apoderarse exclusivamente de ella, imponiendo un monopolio que, entre otras cosas, es gravemente lesivo de una de las fundamentales libertades humanas»¹¹.

Los pretextos bajo los que se defendía una enseñanza laicista eran entonces como ahora de todo orden: científico, político, etc. Sin embargo, el Magisterio ha indicado siempre que una educación de este estilo, además de constituir una ilegítima imposición, es perjudicial para las almas, para la familia y para la sociedad.

Pío IX se lamentaba de que, con frecuencia, «cuando los niños crecen, se les confía, contra la voluntad de sus padres, a malos maestros que, bajo la exterioridad de una ciencia vana, engreída y engañosa, los apartan de Dios, los convierten en esclavos de las cosas materiales y los orienta hacia el orgullo, el desprecio de toda autoridad, la sed de bienes pasajeros y el atractivo del placer. No existe más funesta corrupción para la humanidad»¹².

También León XIII denunciaba el ataque que se estaba llevando a cabo contra la institución familiar por medio de la enseñanza laicista: «se ha privado a la familia de su base y de su constitución religiosa al proclamar lo que llaman matrimonio civil, y al promulgar la instrucción totalmente laica, desde los rudimentos hasta la enseñanza superior universitaria: de manera que las nuevas generaciones, en lo que del Estado depende, se ven como obligadas a crecer sin idea alguna de religión, privadas por completo de las primeras nociones esenciales de sus obligaciones para con Dios»¹³.

Las consecuencias que semejante educación comporta en el orden social han sido igualmente señaladas por el Magisterio: «No quepa la menor duda de que las mayores calamidades sobrevendrán a la sociedad en que la educación pública y privada de la juventud, que tanta influencia tiene en la prosperidad de la sociedad, es sustraída a la guía espiritual de la Iglesia y a su acción santifi-

11. Pío XII, Discurso a la Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media, 4-IX-1949, en *Discorsi e Radiomessaggi di Sua Santità Pío XII*, 11, pág. 193. Ya Pío XI había desenmarcado años antes las maniobras que tendían a imponer a la juventud una determinada ideología a través de la escuela, a «monopolizar enteramente la juventud, desde la primera infancia hasta la edad viril, en ventaja plena y exclusiva de un partido, de un régimen, sobre la base de una ideología que explícitamente se resuelve en una verdadera estatolatría pagana, en abierta contradicción tanto con los derechos naturales de la familia como con los derechos sobrenaturales de la Iglesia». Encíclica *Non abbiamo bisogno*, AAS 23 (1931), 302.

12. Pío IX, Carta *Inter teterrima*, A. P. IX, 6, 51.

13. LEÓN XIII, Encíclica *Dall'alto*, ASS 23, 195.

cadora. En efecto, con ello la sociedad pierde, poco a poco, este verdadero espíritu cristiano que es el único capaz de mantener de manera estable los fundamentos del orden y la tranquilidad pública, procurar y encauzar el verdadero y útil progreso de la civilización y prestar al hombre los auxilios que le son necesarios para alcanzar su último fin... Una enseñanza que se aleja de las verdades reveladas por Dios, cae inevitablemente bajo el yugo del error y de la mentira; y una educación que pretende formar, sin los auxilios de la doctrina y la ley moral cristiana, los espíritus y los corazones de los jóvenes... produce necesariamente una raza de hombres esclavizados a las malas pasiones y a la soberbia, y tales generaciones, educadas de este modo, no pueden menos de preparar a las familias y al Estado las más grandes calamidades»¹⁴.

En el caso concreto que se planteó en Bélgica, como consecuencia de una ley promulgada en 1879, León XIII, en un Discurso dirigido a los Cardenales el 20 de agosto de 1880, recordaba a propósito de la enseñanza laicista: «Conocéis, Venerables hermanos, la índole y el tenor de esta ley. Claramente se ve que el fin que presidió su elaboración fue el apartar a la juventud, las almas, de la autoridad de la religión católica y poner su educación bajo la única dependencia de la del Estado, excluyendo toda intervención de la Iglesia. Efectivamente, esta ley decreta que no debe existir participación alguna de los Sagrados Pastores, ninguna especie de vigilancia por parte de la Iglesia; separando completamente la religión de la enseñanza de las letras, prescribe que de la instrucción de los niños, en el plan y ordenación de la disciplina en las escuelas públicas, sea eliminada cualquier clase de enseñanza religiosa: fácil es advertir el peligro que esto representa para la fe y las costumbres de la juventud»¹⁵.

Con ocasión de la legislación escolar vigente en Francia en el último cuarto del siglo pasado, por la que la enseñanza religiosa quedaba excluida de la escuela, León XIII, en su Carta «Les évê-

14. Pío IX, Carta *Quum non sine*, Codicis Iuris Canonici Fontes II, p. 985.

15. LEÓN XIII, ASS 13, 50-51. Como es sabido, en 1878 los liberales llegaron al poder en Bélgica. Decididos a suprimir el carácter confesional de la enseñanza primaria, promulgaron en 1879 una ley por la que se quitaba la religión de los programas escolares, sustituyéndola por un curso de moral. Todos los municipios deberían tener sus propias escuelas primarias, que no podrían ser sustituidas por escuelas privadas. Se concedía la posibilidad de impartir instrucción religiosa en un local de la escuela, fuera de las horas de clase. Aunque la enseñanza concretamente de la religión católica sea un derecho y un deber de la Iglesia y de los padres católicos, pero no del Estado en sí mismo, éste sí debe reconocer este derecho y facilitar efectivamente su ejercicio.

nements», del 12 de mayo de 1883, dirigida al Presidente de la República Francesa, observaba que la turbación de las conciencias que se había producido en aquel país «se remonta a causas anteriores, entre las que es preciso recordar en primer lugar el hecho de haber excluido de las escuelas la enseñanza religiosa, con gravísimo detrimento de la fe para las generaciones que van surgiendo, a pesar de la llamada de atención de parte de todo el Episcopado y de los padres de familia, y el hecho de haber introducido en los manuales escolares principios contrarios a nuestra Santa Religión. El gobierno mismo, previendo estas cosas, se habían apresurado a prometer que en las escuelas jamás se enseñaría cosa alguna contraria a la religión, nada que por consiguiente pudiera ofender la conciencia de los jóvenes y de sus padres. Sin embargo, Nos tenemos la obligación de decirlo francamente, como es propio de nuestro ministerio apostólico, estas promesas no han sido mantenidas»¹⁶.

No es de extrañar, a la vista de los efectos perjudiciales que produce, que la Iglesia haya declarado siempre que la enseñanza neutra es contraria a la fe católica. En una Instrucción de 24-XI-1875, el Santo Oficio recordaba a los obispos de Estados Unidos, a propósito de la asistencia a escuelas no católicas, que «puesto que el programa propio de ellas excluye toda enseñanza religiosa, los alumnos de tales escuelas, en efecto, no pueden aprender los elementos de la fe, ni son instruidos en los preceptos de la Iglesia, y quedan privados, por lo tanto, de aquello que es más necesario conocer para el hombre, y sin lo cual no es posible vivir cristianamente»¹⁷. Más adelante añadía que «si este peligro próximo de perversión no se convierte en remoto, no se pueden frecuentar tales escuelas con plena seguridad de conciencia. La misma ley natural y divina lo proclama». Esta doctrina, señalaba seguidamente la Instrucción, enuncia «un principio general», tiene «un alcance universal» y atañe «a todos los países donde esta perjudicial manera de instruir a la juventud hubiera sido por desgracia introducida». Indicaba también que «la Sagrada Congregación no ig-

16. Recogida en *Enseñanzas Pontificias* 3. La educación. Ed. Paulinas, Buenos Aires 1960, págs. 90-91. La Tercera República Francesa, nacida bajo un signo de moderación, derivó, a raíz del triunfo de Gambetta en 1879, hacia una clara persecución religiosa. Con la ley Ferry de 1880 se suprimió toda actividad docente de Ordenes y Congregaciones religiosas. En 1882 se decretó la enseñanza laicista en todos los niveles educativos. Los momentos de mayor tensión tuvieron lugar en los primeros años de este siglo, en los que se llegó a romper las relaciones diplomáticas con la Santa Sede.

17. *Codicis Iuris Canonici Fontes* IV, pág. 363.

nora que pueden darse circunstancias en las que los padres católicos, en conciencia, han de confiar a sus hijos a las escuelas públicas. Pero no podrán obrar así sin un motivo suficiente, ... Y para que estas escuelas públicas puedan en conciencia ser frecuentadas, es preciso que el peligro de perversión inherente siempre en mayor o menor grado a su sistema de enseñanza, se evite con los remedios y precauciones convenientes. Es necesario ver, ante todo, si en la escuela puesta en tela de juicio, el peligro de perversión es tal que no se pueda evitar; por ejemplo, si diariamente se enseñan o hacen cosas opuestas a la doctrina católica o a la moral, que no se deben escuchar o hacer sin detrimento para el alma. Es evidente que tal peligro debe ser evitado absolutamente, al precio de cualquier sacrificio temporal y aun de la vida»¹⁸.

Es, pues, patente que de acuerdo con la moral católica un padre de familia no puede enviar a su hijo a una escuela donde la educación que se imparta sea laicista, ya que su hijo corre un peligro próximo de perder su fe. Si considera que tiene motivos suficientes para hacerlo, hay que tomar medidas para que el peligro deje de ser próximo y se convierta al menos en remoto. Si, a pesar de todo, ese peligro no pudiera alejarse, no puede en ningún caso enviar a su hijo a esa escuela.

Como es lógico, este criterio ha sido reafirmado por los Romanos Pontífices cuantas veces fue necesario. Con ocasión de una ley aprobada en Canadá por el Parlamento de Manitoba, León XIII, ponía una vez más de manifiesto en la encíclica *Affari vos*, de 8-XII-1897, que «no puede permitirse que nuestros niños se eduquen en escuelas donde, o se ignora la religión católica, o se la combate abiertamente; escuelas donde su doctrina es despreciada y rechazados sus principios fundamentales»¹⁹.

También Pío XI recordó este criterio en su Encíclica *Divini Illius Magistri*, y refiriéndose al Magisterio de Pío IX y León XIII señalaba: «Nos repetimos y confirmamos sus declaraciones, así como los preceptos de los sagrados cánones en los que se prohíbe la asistencia de los niños católicos a las escuelas neutras o mixtas, es decir, las escuelas abiertas a las católicos y a los acatólicos sin

18. *Ibidem*, pág. 364.

19. ASS 30, 358. En 1890 el Parlamento de Manitoba, donde hasta entonces había regido, por motivos lingüísticos y religiosos, un sistema de escuelas separadas, promulgó una ley por la que los católicos debían contribuir mediante impuestos al sostenimiento de escuelas no católicas, sin recibir a cambio ninguna ayuda para las escuelas católicas.

distinción; la asistencia a estas escuelas sólo puede ser permitida, a juicio prudente del Ordinario, en determinadas circunstancias de tiempo y lugar y con las debidas cautelas. Y no puede tampoco tolerarse la escuela mixta (sobre todo si, siendo «única», es obligatoria para todos), en la cual, aunque los católicos reciban instrucción religiosa aparte, no son católicos los maestros que enseñan ciencias y letras a alumnos católicos y no católicos conjuntamente»²⁰.

Pío XII, en el Discurso a la Asociación de Maestros Católicos de Baviera, de 31-XII-1956, indicaba, además, que «se haría una ofensa a los más elevados derechos del hombre, si se obligara a los padres a confiar a sus propios hijos a la influencia de una escuela cuyos maestros tienen una actitud indiferente, negativa o incluso hostil, en lo tocante a las convicciones religiosas y morales de la familia»²¹.

LA FORMACIÓN RELIGIOSA

Como hemos visto, la enseñanza neutra resulta perjudicial no sólo para la fe de los niños sino también para la convivencia social. El planteamiento mismo del laicismo no es neutral: implica una postura ideológica concreta.

El Magisterio de la Iglesia ha recordado constantemente la necesidad de que en la escuela se importa una honda formación cristiana. Si falta esa instrucción, la educación proporcionada es incompleta y perjudicial, y no puede proporcionar una recta educación moral, ni, por tanto, asegurar los sólidos fundamentos sobre los que se debe basar la convivencia.

Es incompleta: «puesto que toda la educación ha de consistir en dar al hombre una formación que le capacite en esta vida para conseguir el fin último a que le ha destinado el Creador, es evidente que no puede existir verdadera educación que no esté totalmente ordenada a este fin último; por consiguiente, en la actual economía de la Providencia divina, es decir, después de que Dios se nos ha revelado en su Hijo Unigénito, único que es *camino, verdad y vida*, no puede existir una completa y perfecta educación que no sea la cristiana»²².

20. AAS 21 (1929), 752.

21. AAS 49 (1957), 64.

22. Pío XI, Encíclica *Divini Illius Magistri*, AAS 21 (1929), 725. Cfr. PABLO VI,

Una enseñanza en la que se prescinda de la instrucción religiosa carece de unidad y de valor, se olvida de inculcar lo que resulta más necesario para la consecución del último fin del hombre: «quienes en su primera edad no han recibido una cultura religiosa, crecen sin el conocimiento de las cosas más importantes y que son las únicas que pueden alimentar en el hombre el amor a la virtud, y poner freno a los apetitos contrarios a la razón»²³. Las consecuencias que se derivan de semejante planteamiento son evidentes: «separar la una de la otra es lo mismo que empeñarse en que el alma infantil permanezca neutral en sus deberes para con Dios: tal modo de educar es falaz, y perniciosísimo, máxime para la juventud, y en nada difiere de la educación que da paso libre al ateísmo»²⁴.

Señala también León XIII cómo «sin religión no hay ninguna educación moral digna de tal nombre ni verdaderamente eficaz, puesto que la misma naturaleza y la fuerza de todo deber derivan de aquellas obligaciones que unen al hombre con Dios, con Dios que manda, prohíbe y da una sanción al bien y al mal. Por eso, querer formar hombres de rectas costumbres y al mismo tiempo dejarles desprovistos de religión es tan insensato como invitar a la virtud después de haber suprimido su fundamento»²⁵.

Por el mismo motivo, resultan ineficaces los intentos de facilitar una educación moral sobre la base de una ética naturalista, laicista, que pudiera fundamentar las virtudes sociales y ciudadanas, ya que «aparte de que una moral de tal especie no puede guiar al hombre hacia el fin tan elevado al que la divina bondad le ha destinado —la visión beatífica de Dios—, ni siquiera desarrolla en el alma del niño una fuerza suficiente para darle el gusto de la virtud y mantenerlo firme en el bien. Esta moral no responde

Discurso a las alumnas del Istituto Internazionale di Scienze dell'Educazione, de 2-VIII-1972, *Insegnamenti di Paolo VI*, X, pág. 787.

23. LEÓN XIII, Encíclica *Nobilissima Gallorum Gens*, ASS 16, 244. Cfr. PABLO VI, Discurso a los Maestros Católicos italianos, 6-XII-1975, *Insegnamenti di Paolo VI*, XIII, pág. 1375.

24. LEÓN XIII, *op. cit.*, ASS 16, 242.

25. LEÓN XIII, Encíclica *Affari vos*, ASS 30, 352-359. Las consecuencias que en la vida personal acarrea el rechazar a Dios han sido claramente resaltadas por San Pablo en su carta a los Romanos: «Como ellos no tuvieron a bien tener de Dios cabal conocimiento, los entregó Dios en manos de una mentalidad réproba, de manera que hiciesen lo que no cumplía: repletos de toda injusticia, perversidad, codicia, maldad; henchidos de envidia, homicidio, contienda, dolo, mala entraña; chismosos, detractores, altaneros, fanfarrones, inventores de maldades, desobedientes a los padres, desatinados, desleales, desamorados, despiadados» (Rom. I, 28-32); en una palabra, «los entregó Dios en manos de las concupiscencias de sus corazones» (Rom. I, 24).

a las verdaderas y profundas necesidades que siente el hombre, que tiene un alma inmortal y ha sido hecho para vivir en sociedad»²⁶.

En ocasiones, se ha afirmado que la formación religiosa de aquellos niños cuyos padres lo soliciten, quedaría salvaguardada mediante unas clases de religión suplementarias que podrían impartirse a horas diversas. Sin embargo, los Romanos Pontífices han recordado en muchas ocasiones la insuficiencia de este planteamiento, insistiendo en la necesidad de que toda la formación que se imparta en la escuela esté impregnada de espíritu cristiano: «No basta el hecho de que en ella se dé instrucción religiosa (frecuentemente con excesiva parsimonia), para que una escuela resulte conforme a los derechos de la Iglesia y de la familia cristiana, y digna de ser frecuentada por alumnos católicos. Para ello es necesario que toda la enseñanza y toda la organización de la escuela —maestros, programas y libros, en cada disciplina— estén imbuidas de espíritu cristiano, bajo la dirección y vigilancia materna de la Iglesia, de suerte que la religión sea verdaderamente fundamento y corona de toda instrucción, en todos los grados, no sólo en el elemental, sino también en el medio y superior»²⁷.

Pío XII insistía en una Carta al Obispo de Basilea y Lugano, del 15-IV-1958, en que «las escuelas que están orientadas hacia otras ideologías no puede asegurar a los jóvenes católicos una educación amplia y a la vez uniforme. A la Iglesia compete únicamente la enseñanza religiosa; pero la fe católica debe proyectar sus luces sobre cualquier otra enseñanza»²⁸. En una Alocución del 3-IX-1958 recalca de nuevo que «para que una escuela sea cristiana no basta con que cada semana se dé un curso de religión, ni que se impongan ciertas prácticas de piedad; es necesario, ante todo, que maestros cristianos comuniquen a sus discípulos, al mismo tiempo que la formación de su inteligencia y de su carácter, las riquezas de su vida espiritual profunda; para ello, lo que importa es que la organización exterior de la escuela, su disciplina, sus programas, constituyan un cuadro adaptado a su función esencial, impregnado, incluso en los detalles más humildes y materiales, de auténtico sentido espiritual. ¿Puede creerse que es indiferente

26. LEÓN XIII, Carta *In mezzo*, ASS 11, 101. En el orden social los efectos de esta postura son igualmente graves, ya que se oscurece y se pierde la verdadera noción de la justicia y del derecho humano, ocupando la fuerza material el puesto que a aquellos les corresponde. Cfr. Pío IX, Encíclica *Quanta Cura*, ASS 3, 163.

27. Pío XI, Encíclica *Divini Illius Magistri*, ASS 21 (1929), 752.

28. *Schweizerische Kirchenzeitung*, 18, 1958.

adoptar determinado orden del día, tal selección de materias, determinado método didáctico, o cierto sistema disciplinario?»²⁹.

Recientemente, en el documento publicado por la Sagrada Congregación para la Educación Católica el 19 de marzo de 1977, titulado *La escuela católica*, se insiste en la necesidad de enseñar la religión de una manera explícita: «es necesario subrayar que esta enseñanza —que no puede limitarse a los cursos de religión previstos por los programas escolares— debe ser impartida en la Escuela de una manera explícita y sistemática, para evitar que se cree en el alumno un desequilibrio entre la cultura profana y la cultura religiosa. Una enseñanza tal, difiere fundamentalmente de cualquier otra, porque no se propone como fin una simple adhesión intelectual a la verdad religiosa, sino el entronque personal de todo el ser con la persona de Cristo»³⁰.

LOS DERECHOS DE LOS PADRES Y DE LA IGLESIA

La imposición por motivos ideológicos y de partido de una enseñanza neutra en las escuelas públicas es un atentado a los derechos que asisten a los padres en la educación de sus hijos. El Estado debe evitar «cualquier monopolio escolar, pues es contrario a los derechos naturales de la persona humana, al progreso y a la divulgación de la misma cultura, a la convivencia pacífica de los ciudadanos y al pluralismo que hoy predomina en muchas sociedades»³¹. Es función del Estado garantizar a todas las familias católicas la posibilidad de ofrecer a sus hijos una educación conforme con sus creencias.

Afirmar que las escuelas públicas deben ser neutrales y, al mismo tiempo, que quienes desean que sus hijos reciban una formación religiosa pueden enviarlos a colegios en los que esa enseñanza se imparta, es una falacia injusta. Determinar el tipo de educación que los niños han de recibir es un derecho de los padres que el Estado no debe conculcar. La función del Estado en esta materia es meramente subsidiaria³². El Estado está al servicio de

29. Pío XII, Alocución a la Oficina Internacional de la Enseñanza Católica, 3-IX-1958, AAS 50 (1958), 699.

30. N.º 50.

31. Concilio Vaticano II, Declaración *Gravissimum educationis momentum*, n.º 6.

32. Cfr. Pío XI, Encíclica *Divini Illius Magistri*, AAS 21 (1929), 739; carta de la Secretaría de Estado a la XXVIII Semana Social de Italia, de IX-1955,

la sociedad; no es un instrumento de poder del que determinados partidos puedan valerse para imponer a todos una particular ideología. En este terreno suelen plantearse a la hora de respetar la conciencia de una minoría sin fe, unos pruritos que brillan por su ausencia en otros terrenos, el político por ejemplo. Aquí las mayorías se imponen; allí son despreciadas. Aquí se afirma el deseo de adecuar la actividad política a la realidad del país; allí, como en tantos otros terrenos, la realidad es ignorada cuando no falseada.

Es una solución injusta, también porque redundaría en detrimento de las familias económicamente poco favorecidas. Quien disfrute de una situación desahogada podrá enviar a su hijo a una escuela privada. Los demás no podrán hacerlo por carecer de recursos. Por otra parte, quienes propugnan semejantes totalitarismos ideológicos no suelen contarse entre los que destacan por su decidido apoyo a la escuela no estatal; más bien suelen lamentarse de su existencia, y abogar por su rápida desaparición. No cabe, pues, esperar de ellos ni una ayuda directa a tales escuelas por medio de subvenciones u otros medios, ni una ayuda a las familias para poder afrontar holgadamente los sacrificios que se le imponen.

El derecho que los padres poseen a determinar la educación de sus hijos es consecuencia del deber que tienen de proporcionar una educación a aquellos a quienes han dado la vida: por este motivo son «los primeros y principales educadores de sus hijos»³³.

Los padres cristianos, por otra parte, tienen la grave obligación de educar a sus hijos en la fe en que los bautizaron, correlativa al derecho que todo bautizado posee a recibir una educación cristiana³⁴.

La Iglesia ha recordado siempre a los padres estos graves deberes. Así, León XIII observaba que «los padres dignos de este nombre deben absolutamente preocuparse de que sus hijos, en cuanto lleguen a la edad de aprender, sean instruidos en los preceptos de la religión, y de que en las escuelas no haya cosa alguna ofensiva a la integridad de la fe y de las costumbres. Es la misma

l'Osservatore Romano, 28-IX-1955; Pío XII Alocución al Congreso de las Escuelas privadas de Europa, del 10-XI-1957, l'Osservatore Romano 13-XI-1957; JUAN XXIII, Carta *Nous sommes présent*, al Oficio Internacional de Enseñanza católica, 30-XII-1959, l'Osservatore Romano, 31-XII-1959; Encíclica *Mater et Magistra*, 15-V-1961, AAS 53 (1961), págs. 428 ss.; PABLO VI, Discurso de 28-VIII-1964, *Insegnamenti di Paolo VI*, II, págs. 508-516; Concilio Vaticano II, Declaración *Gravissimum Educationis Momentum*, n.º 6.

33. Concilio Vaticano II, Declaración citada, n.º 3. Cfr. PABLO VI, Discurso a los participantes en el XI Congreso Nacional del UCIIM, de 10-II-1969, *Insegnamenti di Paolo VI*, VII, pág. 78.

34. Concilio Vaticano II, Declaración citada, n.º 2.

ley natural y divina la que exige que los padres pongan esa diligencia en la instrucción de sus hijos, y no existe precepto alguno por el que los padres puedan juzgarse libres de la ley»³⁵.

La Iglesia posee también algunas obligaciones respecto a la educación religiosa de los bautizados, correlativas al derecho que éstos tienen a recibirla. Además de la expresa misión y autoridad suprema de magisterio que Jesucristo confirió a su Iglesia³⁶, la actividad educativa le corresponde por razón de su maternidad sobrenatural, en virtud de la cual engendra, alimenta y educa a las almas en la vida de la gracia, con sus sacramentos y su enseñanza³⁷.

El Concilio Vaticano II insistió nuevamente en estos títulos que la Iglesia posee en el campo de la educación: «El deber de la educación corresponde a la Iglesia, no sólo porque ha de ser reconocida también como sociedad humana capaz de educar, sino, sobre todo, porque tiene el deber de anunciar a todos los hombres el camino de la salvación, de comunicar a los creyentes la vida de Cristo y de ayudarles con preocupación constante para que puedan alcanzar la plenitud de la vida cristiana. La Iglesia, como Madre, está obligada a dar a sus hijos una educación que llene toda su vida del espíritu de Cristo»³⁸.

Por este motivo, «es derecho inalienable de la Iglesia, y a la vez deber suyo indispensable, vigilar sobre todo la educación de sus hijos, los fieles, en cualquier institución, pública o privada, no sólo lo referente a la enseñanza religiosa allí dada, sino también en toda otra disciplina o disposición, en cuanto se refiera a la religión y moral. El ejercicio de este derecho no podrá estimarse como ingerencia indebida, sino como una providencia maternal de la Iglesia, para preservar a sus hijos de todo peligro doctrinal y moral. Además, esta vigilancia de la Iglesia, lejos de ser causa de dificultades, supone una eficaz ayuda al orden y bienestar de las familias y del Estado»³⁹.

35. LEÓN XIII, Encíclica *Nobilissima Gallorum Gens*, ASS 16, 243. Esta doctrina se encuentra recogida en el Código de Derecho Canónico, que en su canon 1113 dice: «Los padres tienen obligación gravísima de procurar con todo empeño la educación de sus hijos, tanto la religiosa y moral como la física y civil, y de proveer también a su bien temporal».

36. Cfr. Matth. XXVIII, 18-20.

37. Cfr. Pío XI, Encíclica *Divini Illius Magistri*, AAS 21 (1929), 727-728. Pablo VI, Discurso a la 27.ª Asamblea General de la FIDAE, de 29-XII-1973, *Insegnamenti di Paolo VI*, XI, págs. 1247-1248.

38. Concilio Vaticano II, Declaración *Gravissimum educationis momentum*, n.º 3.

39. Pío XI, *op. cit.*, AAS 21 (1929), 730.

CONSECUENCIAS DEL LAICISMO ESCOLAR

La enseñanza laicista, la neutralidad escolar, es una utopía. Detrás de todo planteamiento educativo hay siempre una filosofía; en este caso, el laicismo, fruto del naturalismo y del agnosticismo. Frente a Dios, sin embargo, no se puede adoptar una actitud neutral: «Quien nos está conmigo, está contra mí»⁴⁰.

No es difícil comprender por qué la Iglesia ha condenado siempre una enseñanza laicista, neutra: no es lícito nunca exponerse a un peligro próximo de perversión. En el caso que nos ocupa el peligro es evidente: este tipo de educación conduce al indiferentismo y rebaja la dignidad de la religión reduciéndola a un asunto meramente privado.

Son muchas las formas que reviste el indiferentismo. Hay un indiferentismo absoluto, que niega la necesidad de cualquier religión, aunque sea la natural⁴¹. Sus raíces se encuentran en el ateísmo, en el panteísmo y en el agnosticismo: Si Dios no existe, si no se distingue del mundo o no puede conocerse con certeza nada sobre El, no cabe la posibilidad de que el hombre pueda tener obligaciones para con Dios. Incluso quienes como algunos deístas admiten la existencia de Dios pero niegan que intervenga con su Providencia en la vida de los hombres, afirman que la religión es algo indiferente o inútil. Los partidarios de un indiferentismo más mitigado reconocen que hay ciertos deberes para con Dios y que es necesario cierto culto, sobre todo interno, pero mantienen que a todo el mundo le es lícito profesar la religión positiva que prefiera⁴². Como cabe esperar, tanto los deberes como el culto que admiten son bastante vagos.

La religión, por otra parte, no es un asunto meramente privado. A Dios se le debe culto público, social, ya que es el Creador y bienhechor de la sociedad humana, al igual que de todos los individuos que la componen. En un orden meramente natural, la sociedad debe reconocer a Dios como a su Supremo Señor

40. *Matth.* XII, 30.

41. Estas doctrinas han sido condenadas por el Magisterio. Cr. Pío IX, *Syllabus*, 8-XII-1864, proposición 3.ª, Dz. 1703. Cfr. PABLO VI, Discurso de 22-V-1968, *Insegnamenti di Paolo VI*, VI, págs. 794-795.

42. También estos errores están condenados. Cfr. Pío IX, *Syllabus* 8-XII-1864. Entre los errores señalados se encuentran los siguientes: «Todo hombre es libre de abrazar y profesar la religión, que juzgue verdadera por la luz de la razón». «Los hombres, sea cualquiera la religión que practiquen, pueden encontrar en ella el camino de su salvación, y alcanzar la vida eterna». Propositiones 15.ª y 16.ª, Dz. 1715 y 1716.

y tributarle el culto debido. Precisamente porque este culto es debido, la virtud de la religión es parte de la justicia. El Estado debe «crear condiciones propicias para el fomento de la vida religiosa a fin de que los ciudadanos puedan realmente ejercer los derechos de la religión y cumplir los deberes de la misma, y la propia sociedad disfrute de los bienes de la justicia y de la paz que provienen de la fidelidad de los hombres a Dios y a su santa voluntad»⁴³.

EL VALOR DE LA FE

Cuanto hemos señalado evidencia que en un ambiente escolar en que impere el laicismo no resulta sencillo conservar la fe: al contrario, es muy fácil perderla. Al fin y al cabo, como veíamos al inicio de estas páginas, éste era el fin que se propusieron algunos de sus partidarios.

La fe, sin embargo, tiene una importancia capital en la vida de las personas, porque sin la fe no es posible la salvación: «La fe es el inicio de la salvación humana, el fundamento y raíz de toda justificación»⁴⁴. Sin ella, «es imposible agradar a Dios»⁴⁵.

Esta virtud es un don de Dios que no podemos alcanzar por nuestras propias fuerzas⁴⁶. Por la extrema importancia que tiene hemos de defenderla con todo ahínco, sabiendo que si bien no nos bastamos para conseguirla, podemos llegar a perderla por nuestra propia culpa.

La obligación grave que todo cristiano tiene de evitar los peligros y ocasiones próximas de ofender gravemente a Dios, reviste en este caso, al ser la fe lo que está en juego, mayor apremio, por la especialísima gravedad que, en sí y en sus consecuencias, comportaría la pérdida de esta virtud teologal. Hay que estar dispuesto a prescindir de lo que haga falta con tal de conservarla: «entregadlo todo antes que la fe, aun cuando fuera menester perder las riquezas, el cuerpo, la vida misma. La fe es la cabeza y la raíz. Si ésta se conserva indemne, aun cuando todo lo pierdas, todo lo recuperarás más espléndidamente»⁴⁷.

43. Concilio Vaticano II, Declaración *Dignitatis Humanae*, n.º 6.

44. Concilio de Trento, sess. VI, *Decretum de iustificatione*, cap. 3, Dz. 801.

45. Hebr. XI, 6.

46. Cfr. Concilio Vaticano I, sess. III, Constitución Dogmática *Dei Filius*, cap. 3, Dz. 1791.

47. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Matth. Homiliae*, 33, 2, P. L. 57.

La responsabilidad que los padres tienen en esta materia es gravísima, precisamente por el peligro a que exponen a sus hijos en el caso de enviarlos a una escuela laicista. Es función suya, como ciudadanos que son, intentar por todos los medios lícitos a su alcance que se respeten los derechos que por naturaleza les corresponden sobre la educación de sus hijos.

Hay que procurar que la educación que se imparta en las escuelas públicas sea acorde con las creencias religiosas de quienes a ellas envían a sus hijos: «se violan, además, los derechos de los padres si se obliga a los hijos a asistir a lecciones que no correspondan a la convicción religiosa de los padres o si se impone un sistema único de educación del cual se excluya totalmente la formación religiosa»⁴⁸.

La enseñanza neutra no es solución que quepa adoptar ni siquiera en un país dividido en cuanto a las creencias religiosas⁴⁹. Si ese país fuese además mayoritariamente católico, un sistema laicista de enseñanza no sólo no reflejaría en absoluto la realidad de esa sociedad, sino que implicaría una grave injusticia.

48. Concilio Vaticano II, Declaración *Dignitatis Humanae*, n.º 5.

49. Cfr. Pío XI, Encíclica *Divini Illius Magistri*, AAS 21 (1929), pág. 753.



ABSTRACT

There has appeared in recent years within the public framework of some countries a series of ideological groups that advocate a neutral and State-run school system that does away with any type of religious formation.

The Church has repeated on numerous occasions during the last 100 years that a secularistic type of education runs counter to Church teaching. An educational system of this type leads to Indifferentism, attacks the dignity of religion by reducing it to a merely private matter, and furthermore represents an attack against both public and private morality.

In accordance with Catholic morals, parents cannot send their children to a «neutral» school since this entails the grave danger of their losing the Faith. If parents consider that they have reason enough to do so, they must take measures to insure that this danger is reduced to a bare minimum. If, in spite of everything, they are unable to do away altogether with the danger, then in no way can they send their children to such a school.

A type of education which lacks deep religious training is incomplete and harmful; it lacks unity and fails to impress upon children that which is most important in view of their ultimate end. As a consequence, that moral teaching that may be given in a secularist school does not possess the force and support necessary to protect not only the rectitude of private conduct but also the rightful ordaining of social life itself.

A secularist type of education constitutes an attack against Natural Law which assists parents in their decision regarding the type of schooling they wish their children to receive. It violates the rights and obligations which the Church has with regard to the formation of the faithful. It also treads upon the rights which the baptized have to be educated in the Faith which they have received.

Neutral education is not a viable solution, not even in countries that are divided as far as religious creeds are concerned. If, furthermore, the country in question happens to be Catholic by a large margin, then a secularist type of educational system not only would not reflect the reality of that society, but constitute as well a grave injustice.